

“Hegemonía” y “nacional-popular”, dos categorías gramscianas adulteradas por la teoría populista*

Alejandro Sánchez Berrocal**

Recibido: 09 de enero de 2019 / Aceptado: 10 de junio de 2019

Resumen. El uso y abuso por parte de la teoría populista (Laclau, Mouffe, Errejón) de la filosofía de Antonio Gramsci ha supuesto una erosión, deformación y falsificación de buena parte de sus conceptos, sometidos a un juego de espejos posmoderno. En este artículo quisiéramos mostrar cómo la interpretación populista de dos categorías centrales del pensamiento gramsciano, “hegemonía” y “nacional-popular”, es un buen ejemplo de ello. Los principales hilos conductores que seguiremos serán la desconexión con su matriz leninista, el vaciado político de sus ideas y un reduccionismo idealista.

Palabras clave. Gramsci; populismo; marxismo; hegemonía; nacional-popular.

[en] “Hegemonía” y “nacional-popular”, dos categorías gramscianas adulteradas por la teoría populista

Abstract. The use and abuse by the populist theory (Laclau, Mouffe, Errejón) of Antonio Gramsci’s philosophy has led to an erosion, deformation and falsification of a large part of his concepts, subjected to a postmodern mirror game. In this article we would like to show how the populist interpretation of two central categories of Gramscian thought, “hegemony” and “national-popular”, is a good example of this. The main threads that we will follow will be the disconnection with its Leninist matrix, the political emptying of his ideas and an idealistic reductionism.

Keywords. Gramsci; Populism; Marxism; hegemony; national-popular.

Sumario. 1. Hegemonía. 2. Nacional-popular

Cómo citar: Sánchez Berrocal, A. (2019). “Hegemonía” y “nacional-popular”, dos categorías gramscianas adulteradas por la teoría populista, en *Res Publica* 22.2, 409-424.

* Este artículo es posible gracias a un contrato FPU (17/03632) del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y se enmarca en las actividades del Proyecto PAIDESOC (FFI2017-82535-P) “El desván de la razón: Cultivo de las pasiones, identidades éticas y sociedades digitales”. En su versión final, este texto le debe mucho a las acertadas y siempre precisas observaciones de uno de los evaluadores anónimos. Concretamente, se ha modificado el tono general del artículo en sus aspectos más “polémicos”, se ha tenido en cuenta la bibliografía recomendada, así como las valoraciones sobre cuestiones de léxico y concepto. Algunos de los comentarios serán de gran utilidad para investigaciones futuras; aunque en la medida de lo posible se han tenido en cuenta sus enmiendas, debemos hacer notar que muchas de las cuales, por su importancia y alcance, solo hemos podido sugerirlas a modo de invitación al lector en las diferentes notas al pie de página (véanse las notas número 6, 24, 25, 30 y 51). Cualquier otra alternativa implicaba transformar el presente texto hasta elaborar otro quizás muy diferente, seguro que mejor. Mi más sincero agradecimiento a su generoso trabajo de revisión.

** Consejo Superior de Investigaciones Científicas
alejandro.sanchez@cchs.csic.es

1. Hegemonía

El concepto de hegemonía es central en la filosofía de Antonio Gramsci y ha devenido, sin duda, una de las nociones con mayor éxito y alcance hasta nuestros días, tan eruditamente estudiada como controvertida y en disputa. Nuestra interpretación no va a tener lugar desde un punto de vista (meramente) filológico o doxográfico, lo que implicaría enfrentarnos a más de medio siglo de exégesis y debates que nos alejan de nuestro objetivo, sino desde la óptica de una crítica filosófica que se enfrente a los textos e interpretaciones que han realizado los principales teóricos del populismo.

Tomemos como punto de partida la fuente teórica básica (aunque no la única) desde la cual Gramsci inicia sus reflexiones sobre la hegemonía: el leninismo. Desde la perspectiva de Laclau y Mouffe, el desplazamiento intelectual que realiza el filósofo italiano en relación con las ideas de Lenin consiste en lo siguiente:

Lo que hay en Gramsci de radicalmente nuevo es una ampliación, mayor que en cualquier otro teórico de su tiempo, del terreno atribuido a la recomposición política y a la hegemonía, a la vez que una teorización de la naturaleza del vínculo hegemónico que va claramente más allá de la categoría leninista de “alianza de clases”¹.

A primera vista, estos teóricos parecen concederle a Gramsci el logro de ampliar, en el seno de la teoría marxista, la cuestión de la articulación política (hegemonía) superando la categoría leninista de alianza de clases. Queremos mostrar inmediatamente cómo las reflexiones y ejercicio de la recomposición política en el líder soviético suponen un fenómeno más complejo –y, todo sea dicho, más cercano al pensamiento de Gramsci– que el caricaturizado por Laclau y Mouffe, pero antes merece la pena recordar que ello no ha sido impedimento para que Pablo Iglesias e Íñigo Errejón hayan asumido esta postura:

A diferencia de lo que muchos piensan, Gramsci no ideó el concepto de hegemonía, que ya estaba presente en las reflexiones de socialistas rusos que Gramsci conoció, e incluso en algunos textos de la Komintern. Sin embargo, Gramsci fue el primero en entender la hegemonía no como la necesidad de las organizaciones socialistas de liderar a sectores subalternos distintos a la clase obrera o de aliarse con sectores de la burguesía, sino como el conjunto de mecanismos supraestructurales, sobretodo [*sic*, por la falta de ortografía] en un sentido cultural, sobre los que descansa el orden político en las sociedades avanzadas².

El concepto inicial de hegemonía en el pensamiento leninista es un concepto de *suma*, de alianza. La clase obrera es minoritaria en Rusia. Un sujeto político que ya existe, la clase obrera, y otros sujetos, el campesinado, los soldados y las clases medias, se suman, se yuxtaponen, de forma tal que uno consigue, incluso siendo minoritario socialmente, ponerse a la cabeza. El concepto de Gramsci, por el contrario, no alude a la suma sino a la *articulación*³.

¹ E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 76.

² P. Iglesias, “Guerra de trincheras y estrategia electoral”, 2015. Recuperado de: <http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1025/guerra-de-trincheras-y-estrategia-electoral/> (última consulta: 07/01/2019).

³ Í. Errejón, “Podemos como práctica cultural emergente frente al imaginario neoliberal: hegemonía y disidencia.

Ambos autores siguen a Laclau sin cuestionarse hasta qué punto se está realizando legítimamente una ruptura entre las reflexiones de Gramsci y las categorías leninistas. Nuestra hipótesis es exactamente la contraria: Lenin y Gramsci están describiendo fenómenos prácticamente idénticos⁴. Existen algunas dificultades interpretativas, como la imposibilidad de comprender las tácticas y estrategias del leninismo abstraído de la coyuntura rusa o, no menos importante, resignarse a encontrar en él un concepto de hegemonía más rico del que habitualmente se caricaturiza solo por el hecho de que la palabra, por sí misma, aparece escasamente en sus obras. Sin embargo, de lo que se trata es de entender en qué medida el ejercicio de la hegemonía y su comprensión por parte de Lenin es, de hecho, profundamente similar al de Gramsci. Como recuerda oportunamente Buci-Glucksmann:

La mayor parte de los comentaristas, con algunas excepciones, en su intento de mostrar la aportación decisiva de Gramsci, o más sutilmente, en un intento de oponer a Gramsci a Lenin, terminan por subestimar el papel de la hegemonía en Lenin y pasar por alto la III Internacional⁵.

Si tenemos en cuenta la distinción de Gramsci entre “fuerza y consenso”, “coerción” y “persuasión” o de “dictadura” más “hegemonía” podemos entender que ambos polos de estos binomios sirven para explicar el modo en que Lenin organizó la estrategia revolucionaria⁶. Por lo que respecta al “momento hegemónico” o, en sentido leninista, de “liderazgo”, es evidente cómo el revolucionario ruso, lejos de aquella imagen tosca que en tantas ocasiones ofrece Laclau del marxismo como determinista, hace hincapié en el trabajo de propaganda, pedagogía política y formación que permitiría ensanchar las fronteras políticas de la sociedad civil rusa: “Toda labor habitual, regular, corriente de todas las organizaciones y grupos de nuestro partido, la labor de propaganda, agitación y organización, está orientada a fortalecer y ensanchar la ligazón con las masas”⁷. Nótese cómo Lenin habla de las masas

Conversación con Íñigo Errejón Galván”, en IC – Revista Científica de Información y Comunicación 11, 2014, pp. 17-46, aquí p. 32.

⁴ Le debemos a la atenta revisión de uno de los evaluadores anónimos la matización pertinente a esta afirmación. En efecto, no sostenemos aquí que aquello que Gramsci teoriza sea lo mismo que Lenin, lo que implicaría negar toda autonomía al conjunto de reflexiones del pensador italiano (especialmente en lo que concierne al “Frente único” como estrategia para el antifascismo en Italia). En la evaluación se nos sugirió la referencia del primer capítulo de G. Vacca, *Modernità alternative*, Roma, Einaudi, 2017, la cual no hemos tenido ocasión de consultar todavía.

⁵ C. Buci-Glucksmann, *Gramsci y el Estado*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 221-222.

⁶ A. Gramsci, *Quaderni del carcere* (4 vols.), Turín, Einaudi, 2014, Q6 87, p. 763 y Q6 155, pp. 810-811. Todas las referencias a esta obra de Gramsci siguen la edición anteriormente citada. Junto a la referencia, incluimos el número de cuaderno y parágrafo correspondientes. Todas las traducciones son nuestras.

⁷ V. Lenin, “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática”, en *Obras escogidas* (3 tomos), Moscú, Progreso, 1961, p. 257. No se trata de que Gramsci leyera o no exactamente algunas de estas reflexiones, sino de que la concepción leninista y las ideas gramscianas presentan semejanzas evidentes. Las referencias que elegimos para comentar en el cuerpo de texto son ilustrativas y suficientes, pero creemos que existe abundante material documental para el lector que desee comprobar algunos de nuestros argumentos. Por ejemplo, y siempre de la etapa prerrevolucionaria donde Lenin dedica buena parte de sus reflexiones teóricas a la rearticulación política de las masas: *Proyecto y explicación del programa socialdemócrata*, en V. Lenin, *Obras completas*, t. II, Editorial Ayuso/Akal, Madrid, 1974; *Protesta de los socialdemócratas de Rusia, Nuestra tarea inmediata y Un problema urgente* en V. Lenin, *Obras completas*, t. IV, Editorial Ayuso/Akal, Madrid, 1974; *¿Por dónde empezar?*, *Plática con los defensores del economismo y La agitación política y el “punto de vista de clase”* en V. Lenin, *Obras completas*, t. V, Editorial Ayuso/Akal, Madrid, 1974.

e implícitamente se sugiere un concepto de hegemonía que no es tanto una mera “alianza de clases” como una operación de concienciación política y liderazgo, esto es, destinada a la formación de determinados consensos entre amplias capas de las clases subalternas:

Para no verse con las manos atadas en la lucha contra la democracia burguesa inconsecuente, el proletariado debe ser lo suficientemente consciente y fuerte para elevar hasta la conciencia revolucionaria a los campesinos, para dirigir la acometida de éstos, para realizar así de un modo independiente la democracia consecuentemente proletaria⁸.

Hemos presentado dos fragmentos de *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, un texto escrito en 1905 y, por esto, un momento donde el movimiento revolucionario era aún débil y embrionario. Precisamente la labor de Lenin tiene como objetivo “preparar” no a la clase obrera, tampoco a los campesinos o los soldados en particular, sino a “las masas” en su conjunto, de acuerdo con el ideal comunista. Se trata de que, ante el enrocamiento del gobierno zarista y las estrategias defensivas de la democracia liberal, las masas alcancen una hegemonía política antes de alcanzar el poder e instaurar el momento de la dictadura (del proletariado), por usar los dos elementos de la suma de Gramsci. Y es que es esta una estrategia que, de hecho, el mismo filósofo italiano trata en sus *Quaderni*:

Una clase es dominante de dos modos, esto es, como “dirigente” y como “dominante”. Es dirigente de las clases aliadas y es dominante de las clases enemigas. Por ello una clase, antes de llegar al poder, puede ser “dirigente” (y debe serlo): cuando llega al poder deviene dominante, sí, pero continúa siendo “dirigente”.

Todos los intentos de Lenin en estos textos pre-revolucionarios van, precisamente, destinados a crear una hegemonía política que haga de la clase obrera, en colaboración con otras clases subalternas, una clase dirigente antes de llegar a ser dominante. Cuando finalmente los bolcheviques realizan la Gran Revolución de Octubre el concepto de hegemonía en Lenin sufre un desplazamiento bastante lógico si tenemos en cuenta la distinción gramsciana: ya no se trata (solo) de liderazgo, sino de ejercer de manera operativa y eficaz el momento de la dominación. Veamos ahora la otra parte, hasta entonces oculta, del concepto de hegemonía, el momento violento (en sentido amplio) y de fundación de un orden mediante la transitoria dictadura del proletariado. Y, por cierto, hablamos de “dos partes” porque tenemos presente el comentario de Gramsci a la metáfora maquiavélica del centauro como unión de fuerza y consenso⁹.

Con el complemento que a la idea de liderazgo le añade la de coerción a través de la dictadura del proletariado, de acuerdo con las propias tesis de Gramsci, los juicios de Laclau, Errejón e Iglesias a propósito de la estrategia leninista quedan desacreditados filológicamente. Como recuerda Villacañas, “el populismo asume a Gramsci y su teoría de la hegemonía, pero detesta su sentido pragmático, su aspiración te-

⁸ V. Lenin, *op. cit.*, p. 275.

⁹ Cf. A. Gramsci, *op. cit.*, Q8 86, p. 991.

leológica, su capacidad de fundar una Diktatur¹⁰. Y precisamente sin ese sentido pragmático de (re)construcción de un nuevo orden el concepto de hegemonía queda deshonestamente mutilado y falseado. Porque, recordemos, la clase “dirigente” solo se queda a medio camino si ejerce la hegemonía política sin devenir clase “dominante”. La dictadura del proletariado sería la clave, tanto para Lenin como para Gramsci, que asegura esa transición, donde comienza a existir un tipo de democracia más rico y avanzado que en el parlamentarismo: “en el sistema hegemónico, existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos, en la medida en que la legislación favorece el pasaje de los grupos dirigidos al grupo dirigente¹¹. Este proceso de transición, como tal, requiere de un final donde la misma existencia de grupos dirigentes y dirigidos deje de producirse, pero, hasta entonces, la Diktatur es el elemento que culmina el ejercicio de la hegemonía y abre el espacio para la implantación de la sociedad socialista. Comparemos con las consideraciones de Gramsci estas palabras de Lenin en *El Estado y la revolución*, donde, a diferencia de los textos arriba señalados, ya puede valorar retrospectivamente la experiencia revolucionaria:

La misión principal del proletariado y de los campesinos pobres, guiados por él, la constituye, en toda revolución socialista, el trabajo positivo o constructivo de formación de una red extraordinariamente compleja y delicada de nuevas relaciones de organización, que abarquen la producción y distribución planificada de los productos necesarios para la existencia de decenas de millones de hombres. Una revolución de esta naturaleza sólo puede verse coronada por el éxito cuando la mayoría de la población y, ante todo, la mayoría de los trabajadores, demuestre una iniciativa creadora histórica independiente. La victoria de la revolución socialista quedará asegurada únicamente cuando el proletariado y los campesinos pobres logren el grado suficiente de conciencia, firmeza ideológica, abnegación y tenacidad. Al crear un nuevo tipo de Estado, el Estado soviético, que abre ante las masas trabajadoras y oprimidas la posibilidad de participar activamente en la construcción independiente de la nueva sociedad, no hemos resuelto más que una pequeña parte de un problema difícil¹².

En ninguna parte se aprecia rastro de aquella “alianza de clases” que Laclau, Iglesias y Errejón entienden por “hegemonía” en sentido leninista, más bien el revolucionario ruso está expresando la necesidad de una nueva articulación y reordenación de las masas populares en el recién fundado Estado soviético que, gracias a la dictadura del proletariado, asegure la intervención activa de los mismos en su desarrollo. En resumen, el Estado en cuanto aparato que permite recomponer un “nuevo nivel de civilización” que no solo reorganiza y desarrolla las fuerzas económicas sino que también “educa” y constituye una determinada sustancia ético-política a través de las costumbres y el derecho¹³. En palabras de Gramsci:

Se deberá pasar a una fase de Estado – guardián nocturno (*Stato – guardiano notturno*), es decir, se pasará a una organización coercitiva que tutelaré el desarrollo

¹⁰ J. L. Villacañas, *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2015, p. 55.

¹¹ A. Gramsci, *op. cit.*, Q8 191, p. 1056.

¹² V. Lenin, “El Estado y la revolución», en *Obras escogidas* (3 tomos), Moscú, Progreso, 1961, p. 356.

¹³ A. Gramsci, *op. cit.*, Q8 62, p. 978 y Q13 11, p. 1570.

de los elementos de una sociedad regulada que aumente continuamente y, por lo tanto, reduzca gradualmente sus intervenciones autoritarias y coercitivas. Tampoco puede hacernos pensar esto en un nuevo «liberalismo», sino en el comienzo de una libertad orgánica¹⁴.

Llegados a este punto, la labor interpretativa encuentra sus límites en las condiciones en que Gramsci escribió fragmentos como este. Del mismo modo que en Lenin el lector encuentra pocas referencias a la palabra “hegemonía”, tampoco encontrará en el filósofo italiano —preso en una cárcel fascista y tutelado por la censura— la expresión “dictadura del proletariado” de forma explícita. Sin embargo, el análisis de la hegemonía que hasta aquí hemos realizado, creemos que permite leer esta última cita desde la clave interpretativa que ofrece la dictadura del proletariado como fase de transición a la sociedad comunista. Con ello, terminamos estas reflexiones a propósito del revolucionario ruso y Gramsci. Esperamos haber mostrado que la imagen esclerotizada de un leninismo que solo considera la hegemonía como “liderazgo” o “alianza de clases” merece ser desechada. Como hemos visto, Lenin hacía extensivos sus reclamos a las masas haciendo que fueran agentes activos en un proceso que Gramsci denomina hegemonía política, necesario antes de alcanzar el poder, y que, además, el revolucionario ruso es consciente del otro momento gramsciano, el de la coerción, encarnado en la dictadura del proletariado. Con un tono que, implícitamente, muestra un rechazo de las tesis de Laclau, se expresa un acreditado autor en la cuestión de Lenin y la hegemonía: “the popular character of the revolution does not serve, in Lenin’s political practice, to designate a particular alignment of class forces but rather a process of popular-revolutionary struggle governed by the politico-strategic logic of hegemony”¹⁵.

Por último, nadie mejor que el mismo Gramsci para desmentir los equívocos y falsedades que teóricos como Laclau dicen a propósito de su relación teórica con el concepto de hegemonía. Según Laclau y Mouffe “es en este movimiento del plano «político» al plano «intelectual y moral» donde se opera la transición decisiva hacia un concepto de hegemonía que va más allá de la «alianza de clases»”¹⁶. Es decir, en Lenin, “el liderazgo es aún meramente político y no «intelectual y moral»”¹⁷. Esta interpretación es completamente falsa y distorsionada y prueba que Laclau y Mouffe o no han leído a Gramsci o no lo han comprendido. En varias ocasiones Gramsci hace referencia a Lenin como quien “habría hecho avanzar al marxismo no solo en la teoría política o en la economía, sino también en la filosofía”¹⁸, y ello porque, en sí misma, “la hegemonía realizada significa la crítica real de una filosofía”¹⁹, es decir,

¹⁴ A. Gramsci, *op. cit.*, Q6 88, p. 764.

¹⁵ A. Shandro, *Lenin and the Logic of Hegemony*, Leiden, Brill, 2014, p. 85. También son valiosas las aportaciones que ponen en cuestión el uso del concepto gramsciano-leninista de *hegemonía* por parte de Laclau y los posmarxistas a cargo de M. Rustin, “Absolute Voluntarism: Critique of a Post-Marxist Concept of Hegemony”, en *New German Critique* 43, 1988, pp. 146-173, doi: <http://dx.doi.org/10.2307/488402> y N. Geras, “Post-Marxism?”, en *New Left Review* 1/163, 1987. Un excelente trabajo donde se muestra que el concepto de *hegemonía* es, en la teoría, aquello que ya está presente en buena medida en la práctica política de Lenin es el siguiente: D. Boothman, “The Sources of Gramsci’s Concept of Hegemony”, en *Rethinking Marxism* 20:2, 2008, pp. 201-215, doi: 10.1080/08935690801916942.

¹⁶ E. Laclau y Ch. Mouffe, *op. cit.*, p. 77.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ A. Gramsci, *op. cit.*, Q4 38, p. 465.

¹⁹ *Ibidem*, Q7 33, p. 882.

“la realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de conocimiento, un hecho filosófico”²⁰. También señala Gramsci que “se puede afirmar que la teorización y realización de la hegemonía hecha por Ilich [Lenin] ha sido también un gran acontecimiento «metafísico»”²¹. ¡El mismo Gramsci no se cansa de repetir en sus Quaderni que la verdadera innovación de Lenin tiene que ver con un “acontecimiento metafísico”, “filosófico”, la fundación de una nueva Weltanschauung! ¿Cómo es posible que Laclau, Mouffe, Iglesias y Errejón ignoren estos fragmentos de Gramsci y, contra lo que pensaba el filósofo italiano, afirmen que en Lenin no existe un “liderazgo intelectual y moral”? Ceguera teórica o mala fe, tanto da²².

Hemos prestado especial atención a la continuación de Gramsci de las tesis leninistas porque desconectarlo del revolucionario ruso es la primera operación teórica que pone a la teoría populista a las puertas de su concepción idealista, reduccionista, por tanto, de la hegemonía²³. A continuación quisiéramos insistir en esta cuestión.

Para Laclau y Mouffe la lógica de la hegemonía debe consistir en el “carácter abierto e incompleto de toda identidad social [que] permite su articulación a diferentes formaciones histórico-discursivas” y “la identidad de la misma fuerza articulante se constituye en el campo general de la discursividad”²⁴. En un libro de conversaciones con Chantal Mouffe, Errejón insiste en entender la práctica hegemónica de acuerdo con “la construcción de sentido” y “sus significantes flotantes”. Más clara resulta esta perspectiva discursiva en la conclusión que cierra la obra:

La hegemonía es un tipo de poder político que se caracteriza no por la imposición o contraposición formal de ideas, sino por la capacidad de rearticular temas y demandas de otros sectores integrándolas en un discurso nuevo que les da un significado diferente²⁵.

En la televisión de la República Islámica de Irán, Hispan-TV, se realizó un programa dedicado a la cuestión populista donde el pensamiento de Gramsci estuvo presente. Allí Pablo Iglesias y Errejón retoman algunos de los tópicos más recurrentes en la teoría populista de Ernesto Laclau. La mesa en su conjunto defiende la idea de

²⁰ *Ibidem*, Q10 12, p. 1250.

²¹ *Ibidem*, Q7 35, p. 886.

²² Un evaluador anónimo del artículo nos aconsejó incluir la referencia de un par de textos centrales para ilustrar esta cuestión: M. Salvadori, “Gramsci y el PCI: dos concepciones de la hegemonía” en Togliatti, P. (ed.), Gramsci y el “eurocomunismo”, Barcelona: Materiales, 1978; F. Frosini, “Hacia una teoría de la hegemonía”, en M. Mondonessi, Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Gramsci, México DF, UNAM, 2013, pp. 59-79. También quisiéramos añadir la referencia a un ensayo valiosísimo que hemos conocido y leído después de enviar este artículo a publicar y cuyo conocimiento le debo a una recomendación de mi colega Jean-Claude Lèveque: A. Burgio, Gramsci. Il sistema in movimento, Roma, DeriveApprodi, 2014. Esta obra es fundamental y sus tesis en relación al concepto de “hegemonía” son cercanas a las que sostenemos en el presente texto.

²³ Le debemos al evaluador anónimo la referencia sobre el idealismo de la interpretación populista de la hegemonía A. Borón y Ó. Cuéllar, “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLV, vol. XLV, n° 4, 1983, pp. 1143-1177.

²⁴ E. Laclau y Ch. Mouffe, *op. cit.*, p. 131.

²⁵ Í. Errejón, y Ch. Mouffe, *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*, Barcelona, Icaria, 2015, p. 126 y p. 141.

que el “comunismo italiano”, el PCI, habría “sobrepasado” la noción de hegemonía leninista para comprender que la lucha política se jugaba verdaderamente en el terreno de las articulaciones populares o nacionales. A lo largo del debate, se habla de ideas como la “performatividad del discurso”, los “significantes vacíos”, etc... Hasta el punto de que, en el minuto 49:30 Carolina Bescansa afirma: “Yo no querría abandonar la mesa sin poner o sin decir algo relativo a las condiciones materiales”²⁶. ¡Casi 50 minutos de debate hasta que se habla de “condiciones materiales”! Algo que, no obstante, va en sintonía con ese “sentido cultural” de la hegemonía donde “descansa el orden político de las sociedades avanzadas”²⁷ (Iglesias dixit). ¿Qué sucede realmente en Gramsci?

Esta desnaturalización del filósofo italiano que busca convertirlo en un mero “teórico de la superestructura” no se sostiene si nos enfrentamos a algunos de los pasajes cruciales de los Quaderni²⁸. Cuando Gramsci se pregunta por las relaciones entre infraestructura y superestructura (o sea, el bloque histórico), es consciente de la necesidad de descomponer el análisis en tres momentos (no cronológicos, sino metodológicos): 1º) una relación de fuerzas sociales estrictamente ligada a la estructura (economía); 2º) la relación de fuerzas política y 3º) “el tercer momento es el de «las relaciones de fuerzas militares», «que es el inmediatamente decisivo»”²⁹. Relaciones de producción económica, relaciones de tipo político y relaciones de fuerzas militares, este último como momento “decisivo”, que Gramsci ejemplifica con la guerra anti-imperialista o de “liberación nacional” y, como señalan Juan dal Maso y Fernando Rosso, “cuyo equivalente de clase es la guerra civil”³⁰. La hegemonía, por tanto, no implica una ontología social donde las relaciones de fuerza se desplacen al ámbito cultural, tampoco exclusivamente al ético-político, sino al proceso que componen estos tres momentos.

Mientras que la teoría de Laclau y Mouffe insiste en que es imposible deducir ciertos intereses (cristalizados en relaciones de fuerza) “a partir de determinadas posiciones en el proceso económico”³¹, Gramsci sostiene que “si la hegemonía es ético-política, no puede no ser también económica, no puede no tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica”³². Acaso algo habría intuido Carolina Bescansa (y ello sin necesidad de leer a Gramsci) cuando llamó la atención a los implicados en el debate

²⁶ Fort Apache, “Podemos y el populismo”, 2014. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=-q9oxr-54X_Y (última consulta: 07/01/2019).

²⁷ P. Iglesias, *op. cit.*

²⁸ Un evaluador anónimo nos recordó una de las posibles fuentes de este malentendido. Nos referimos al trabajo de N. Bobbio, “Gramsci y la concepción de la sociedad civil”, en AA.VV., *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 150-177. En efecto, ya se tuvo en cuenta esta cuestión en un artículo propio de reciente publicación y que indica la perjudicial influencia del ensayo citado más arriba: A. Sánchez Berrocal, “Contra a fraude populista: o marxismo, a sociedade civil e o Estado na filosofia de Antonio Gramsci”, en *Revista Debates* 13, nº 1, 2019, pp. 58-77. doi: <https://doi.org/10.22456/1982-5269.88075>. Una valiosa aproximación a la génesis y evolución de la noción gramsciana de “sociedad civil” en su variante posmarxista puede consultarse en A. Garrido Fernández, “Trincheras y estructuras. Gramsci, Althusser y la cuestión de la sociedad civil”, en *Daimon Revista Internacional de Filosofía* 77, 2019, pp. 183-196. doi: <https://doi.org/10.6018/daimon/300291>.

²⁹ A. Gramsci, *op. cit.*, Q4 38, pp. 457-458.

³⁰ J. Dal Maso y F. Rosso, “Podemos, Gramsci y el populismo”, 2014. Recuperado de: <https://www.laizquierdadiario.com/Podemos-Gramsci-y-el-populismo> (última consulta: 07/01/2019).

³¹ E. Laclau y Ch. Mouffe, *op. cit.*, p. 100.

³² A. Gramsci, *op. cit.*, Q13 18, p. 1591.

de Fort Apache para que no “perdieran de vista” las condiciones materiales. Y es que Gramsci considera que la expresión de la voluntad, de la acción y la iniciativa política e intelectual es “una emanación orgánica [y por ello no «mecánica», añadimos nosotros] de las necesidades económicas y de hecho la única expresión eficaz de la economía”³³. Injustificable que los mismos teóricos que reivindican los principales conceptos de Gramsci no tengan en cuenta apreciaciones tan cruciales como estas, sin olvidar un comentario en sus notas sobre americanismo e fordismo que afirma: “la hegemonía nace de la fábrica”³⁴. El materialismo histórico disuelto en un perverso juego de espejos posmoderno.

El constante vaciado de las condiciones materiales y las relaciones de producción, en suma, economía, que se produce en el populismo hace de este una teoría profundamente idealista, donde las “demandas” están abstraídas de su contexto específico (“flotantes”) y se articulan con la única (y dudosa) fuerza de un líder que es el espejo afectivo de todo un pueblo. Este absurdo de Laclau y sus seguidores, si tomamos en serio a Gramsci, ha sido caricaturizado de una manera ingeniosa por el marxista Perry Anderson:

[En la teoría de Laclau] todo es contingencia: la expropiación de los expropiadores podría convertirse en una consigna de los banqueros, la secularización de las tierras de la iglesia en un objetivo del Vaticano, la destrucción de los gremios en ideal de los artesanos, los despidos masivos en reivindicación de la clase obrera, los cercamientos en objetivo de los campesinos. La propuesta se derrotaba a sí misma. No sólo se podía articular cualquier cosa en cualquier dirección, sino que todo se convertía en articulación. Primero, la hegemonía y, luego, el populismo [...] Allí donde las interpretaciones lo son todo, las definiciones son ingravidas. Podemos rechazar la socialdemocracia un día para declararse al día siguiente representante de la nueva socialdemocracia. Quizá sean únicamente los problemas que conlleva el estirón de la infancia a la adolescencia, muy alejados en cualquier caso de los del prisionero de Turi di Bari³⁵.

También Toni Negri ha puesto el foco de atención en la desnaturalización populista de la noción de “hegemonía” en Gramsci:

No se puede negar que la referencia a Gramsci de Laclau es, en este sentido, más bien débil, búsqueda retórica de una supuesta herencia más que verdadera filiación ontológica. El concepto de hegemonía en Gramsci (de la práctica turinesa de los Consejos a la teoría del nuevo Príncipe) se construye sobre la lucha de clases, mantiene una “solidez” materialista y produce un dispositivo de poder de los trabajadores en sentido comunista³⁶.

El vaciado de las cuestiones económicas que, en sentido amplio, supone un ataque frontal al materialismo histórico por parte de la teoría populista, ha sido señalado

³³ *Ibidem*.

³⁴ A. Gramsci, *op. cit.*, Q22 2, p. 2146.

³⁵ P. Anderson, “Los herederos de Gramsci”, en *New Left Review* 100, 2015, pp. 79-110, aquí pp. 91-93.

³⁶ T. Negri, “Hegemonía: Gramsci, Togliatti, Laclau”, 2018. Recuperado de: <http://lobosuelto.com/?p=18818> (última consulta: 07/01/2019).

también por Meiksins Wood en fragmentos como el siguiente:

The implication is that workers are no more affected by capitalist exploitation than are any other human beings who are not themselves the direct objects of exploitation. This also implies that capitalists derive no fundamental advantage from the exploitation of workers, that the workers derive no fundamental disadvantage from their exploitation by capital, that workers would derive no fundamental advantage from ceasing to be exploited, that the condition of being exploited does not entail an “interest” in the cessation of class exploitation, that the relations between capital and labour have no fundamental consequences for the whole structure of social and political power, and that the conflicting interests between capital and labour are all in the eye of the beholder³⁷.

Las cuestiones hasta aquí analizadas nos obligan a repensar la interpretación populista de la hegemonía en Gramsci y valorar hasta qué punto es legítimo leer a un filósofo marxista y considerarse “heredero” del mismo a la vez que se eliminan o, en el mejor de los casos, se olvidan cuestiones como el momento de la coerción, la lucha de clases o la referencia al momento económico, entre otras. La teoría populista se ha mostrado profundamente deshonesta intelectualmente al recurrir a Gramsci para fundar un concepto de hegemonía marcadamente idealista que tiene más que ver con tecnicismos académicos, prácticas de ingeniería social o estrategias electorales y demagógicas que con la doctrina marxista que el filósofo italiano fue produciendo, en sus Quaderni, hasta el día de su muerte. “Las ideas, el espíritu [la «cultura», dirían otros] se fundamentan en la economía, la actividad práctica, en los sistemas y relaciones de producción e intercambio [...] lo que permite descubrir que los hombres están divididos en dos clases”, decía un joven Gramsci en un artículo de 1918³⁸. Mientras tanto, otros, sus supuestos “herederos”, degeneran y falsean sus principales ideas: “no son los «intereses sociales» los que construyen sujeto político. Son las identidades: los mitos y los relatos y horizontes compartidos”, dice Errejón³⁹; “la clave fundamental está en las series, las películas y los programas de entretenimiento, en la producción cultural”, afirma Iglesias⁴⁰. Será así para estos expertos del marketing televisivo o políticos profesionales, pero no para un Gramsci que dedicó buena parte de sus esfuerzos intelectuales a corregir este tipo de desviaciones tan propias de “funcionarios de la superestructura” sin ninguna ambición de transformación social. Acaso nadie haya diagnosticado mejor esto que César Ruiz Sanjuán cuando denuncia la despolitización del pensamiento de Gramsci, la cual sucede

en tanto que supone la renuncia a la confrontación al nivel de las formas políticas del estado y la ubicación de la lucha exclusivamente en el ámbito de la sociedad civil, con lo que Gramsci queda reducido al nivel de un “sindicalista cultural” y

³⁷ E. Meiksins Wood, *The Retreat from Class. A new “True” Socialism*, Londres, Verso, 1986, p. 61.

³⁸ A. Gramsci, “Il nostro Marx”, 2011. Recuperado de: <http://www.resistenze.org/sito/ma/di/cg/mdcgba13-008114.htm> (última consulta: 07/01/20)

³⁹ Í. Errejón, “No son los «intereses sociales» los que construyen sujeto político. Son las identidades: los mitos y los relatos y los horizontes compartidos”, 2016. Recuperado de: <https://twitter.com/ierrejon/status/716236038348410880> (última consulta: 07/01/2019).

⁴⁰ P. Iglesias, “El bloque reaccionario no da soluciones a la corrupción, la desigualdad y la crisis territorial” (entrevista), 2018. Recuperado de: https://www.eldiario.es/politica/Pablo-Iglesias-reaccionario-desigualdad-territorial_0_732827514.html (última consulta: 07/01/2019).

su teoría vaciada de verdadero sentido político y apta para ser apropiada por los estudios culturales más que por la filosofía política. El concepto de hegemonía se convierte así en una suerte de concepto “antipolítico”, que funciona como un dispositivo que diseña una labor de zapa al nivel de la sociedad civil y que deja para las calendas griegas la lucha por el espacio político, que entretanto sigue siendo monopolio de la clase burguesa [...] Al ignorar el momento coercitivo de los regímenes parlamentarios y obviar que lo que efectivamente garantiza la hegemonía de la burguesía es la fuerza coactiva que detenta el Estado; esta estrategia [la de la izquierda socialdemócrata] sólo puede conducir a la adaptación de los movimientos de izquierdas al sistema político burgués⁴¹.

2. Nacional-popular

La idea gramsciana de lo “nacional-popular” está presente en buena parte de las reflexiones de los teóricos del populismo español. Así, Íñigo Errejón sostiene que “Podemos llegaba a las elecciones habiendo hecho una adaptación y refinamiento de la hipótesis nacional-popular que está en el corazón de su nacimiento como fuerza política”⁴². ¿Cuáles son los mecanismos para desarrollar la “hipótesis nacional-popular”? En otro texto el mismo Errejón da la clave: la cultura, los afectos y los símbolos⁴³. Veamos: “Desde entonces ha dado pasos para construir cultural, afectiva y simbólicamente una nueva identidad política que nuclea una voluntad nacional-popular”. Por otra parte, Manolo Monereo, de Unidos Podemos, ha escrito un extenso artículo a propósito de la “nueva” estrategia nacional-popular. Ambos coinciden, en realidad, en la dificultad de construir un proyecto de este tipo en la actual situación política: “[aquellos que] aceptan las reglas presentes como inevitables y se someten al dictado de los medios, están preparando la derrota del movimiento y su definitiva incapacidad para ser un proyecto nacional-popular a la altura de los desafíos históricos”⁴⁴, afirma el jienense en lo que parece una crítica a ciertas derivas de la formación morada. El mismo Errejón afirma que “es muy difícil pensar cómo, cuál es la traducción de un relato «nacional-popular» en un país plurinacional, y más ciudadano que popular”⁴⁵.

La hipótesis que a continuación quisiéramos poner a prueba es que las dificultades que tienen los teóricos del populismo para formular una idea efectiva de lo nacional-popular (y no solo fantasiosa) se deben, en buena medida, a que ella resulta incompatible con algunas de las principales tesis de Laclau. Pero no solo. Pasaremos a verlo inmediatamente.

La primera vez que Gramsci habla de lo nacional-popular en los Quaderni lo

⁴¹ C. Ruiz Sanjuán, “Estado, sociedad civil y hegemonía en el pensamiento político de Gramsci”, en *Revista de Filosofía y Teoría Política* 47, 2016, pp. 1-18, aquí pp. 9-10. Disponible en: <http://www.rfytp.fahce.unlp.edu.ar/article/view/RfYTPe002> (última consulta: 07/01/2019).

⁴² Í. Errejón, “Abriendo brecha: apuntes estratégicos tras las elecciones generales”, 2016. Recuperado de: <http://blogs.publico.es/dominiopublico/15529/abriendo-brecha-apuntes-estrategicos-tras-las-elecciones-generales/> (última consulta: 07/01/2019).

⁴³ Cf. Í. Errejón, “Construir pueblo”, 2016. Recuperado de: <https://www.lacircular.info/construir-pueblo> (última consulta: 07/01/2019).

⁴⁴ M. Monereo, “Podemos. Del «populismo de izquierdas» a la estrategia nacional-popular”, en *El Viejo Topo* 340. Acceso digital: <http://www.elviejotopo.com/topoexpress/topoexpresspodemos-del-populismo-de-izquierdas-a-la-estrategia-nacional-popular/> (última consulta: 07/01/2019).

⁴⁵ Í. Errejón, “La construcción de un sujeto popular”, *Revista Teknokultura* 12(1), 2015, pp. 39-53, aquí p. 47.

hace a propósito de la demagogia y la pobre dirección política y militar durante el Risorgimento: “en realidad los hombres del Risorgimento fueron grandísimos demagogos: hicieron del pueblo-nación [popolo-nazione] un instrumento, degradándolo, y en ello consiste la peor demagogia”⁴⁶. Más adelante, el filósofo italiano, en sus reflexiones sobre la literatura nacional, señala la importancia de “observar el hecho de que en muchas lenguas «nacional» y «popular» son casi sinónimos [...] En Italia los intelectuales están lejanos del pueblo, es decir de la nación, y quedan relegados a la condición de una casta”⁴⁷. En este momento de elaboración de los Quaderni, podemos resumir la postura de Gramsci a través de este preciso comentario de Lea Durante:

“Nacional” es, por tanto, un adjetivo que en Italia ha construido su significado sobre la historia de la cultura, en particular de la literatura, y es precisamente eso lo que se debe erradicar y superar, para hacer posible una sinonimia, una adherencia entre el concepto de pueblo y el de nación como sucede en otros países europeos en los que los intelectuales se sienten parte de la misma entidad político-social que el pueblo⁴⁸.

Hagamos notar dos cosas: la primera es que en Gramsci “el pueblo” preexiste antes de cualquier irrupción discursiva o simbólica (lo que no preexiste es un “bloque histórico” con conciencia de clase, por ejemplo), a diferencia de lo que sostienen Laclau o Íñigo Errejón (precisamente Construir pueblo es el título de un libro que venimos comentando), y queda caracterizado como masa o multitud, en sintonía con los nuevos movimientos sociales que el italiano estaba presenciando: una categoría sin dudas confusa, heterogénea, pero que presupone al “pueblo” ya “disponible” para ser “instrumentalizado”, en el caso de la demagogia, por ejemplo⁴⁹. La segunda cuestión que quisiéramos destacar es que Gramsci está preguntándose por las condiciones de surgimiento de algo así como un “espíritu nacional”, de una realidad nacional-popular que, a diferencia de países como Rusia o Alemania, en Italia no es clara y evidente, como mostraría la separación entre la masa y los intelectuales. Ahora bien, esto nos obliga a preguntarnos lo siguiente: ¿cómo el pueblo, la masa, profundamente heterogéneos, pueden devenir una realidad nacional-popular? La respuesta de Gramsci implica al Príncipe moderno, el partido político. Y aquí continúan los problemas para la teoría populista.

Recordemos la centralidad del líder para Laclau⁵⁰ y Errejón⁵¹. El argentino nos dice que “la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder”, mientras que el politólogo español: “en una construcción de poder político basada en buena medida en la relación

⁴⁶ A. Gramsci, *op. cit.*, Q1 19, p. 112.

⁴⁷ *Ibidem*, Q3 63, p. 343.

⁴⁸ L. Durante, “Nazional-popolare”, en F. Frosini (ed.), *Le parole di Gramsci*, Roma, Carocci Editore, 2004, pp. 150-170, aquí p. 145. La traducción es nuestra.

⁴⁹ Le debemos a un evaluador anónimo del artículo la sugerencia de recordar que la única vez que “el pueblo” aparece sustantivado en los Quaderni es precisamente para afirmar lo siguiente: “conjunto de clases subalternas e instrumentales de toda forma de sociedad que ha existido hasta el momento” (Q27, §1).

⁵⁰ Cf. E. Laclau, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 130.

⁵¹ Í. Errejón, *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo* [tesis doctoral], 2012, p. 58.

directa del líder con las masas, la personalidad de éste deviene variable explicativa de primer orden para la comprensión de los fenómenos políticos”. Más arriba hemos adelantado cómo Gramsci cifra la idea del moderno Príncipe como la mediación entre un pueblo disperso y heterogéneo y una voluntad colectiva nacional-popular, mas, como es sabido, este nuevo Príncipe no puede ser un individuo, ni mucho menos un “líder” más o menos carismático que funcione como una pantalla unificadora donde proyectar los diferentes afectos del pueblo, lo que estaría más cerca de los fenómenos demagógicos que el filósofo italiano identifica en el Risorgimento:

El príncipe moderno, el mito-príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto, puede ser solo un organismo; un elemento complejo de la sociedad en el cual esté ya en marcha una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción⁵².

Esto desmiente dos tesis fundamentales de la teoría populista que, no obstante, pretende recurrir a Gramsci: por un lado, se neutraliza cualquier posibilidad de que sea un líder quien condense la voluntad colectiva, por otro, se rechaza una noción constructivista del pueblo al postularse la existencia in nuce de un elemento de la sociedad con una embrionaria voluntad colectiva. Con un espíritu más o menos explícito de impugnar la lectura de Laclau, Daniel Bensaïd ha señalado a propósito de Gramsci que su pensamiento supone “la articulación de un bloque histórico alrededor de una clase dirigente y no la mera adición indiferenciada de la categoría de «descontentos»”, así como “la formulación de un proyecto político capaz de resolver una crisis histórica de la nación y del conjunto de las relaciones sociales”⁵³.

Con estas consideraciones, estamos en posición de presentar lo que valoramos como la clave interpretativa que permite comprender en qué sentido se produce un cortocircuito entre las formulaciones teóricas del populismo español a propósito de lo nacional-popular y el concepto gramsciano: el rechazo del jacobinismo. En efecto, Laclau y Mouffe consideran que “la izquierda está asistiendo al acto final en la disolución del imaginario jacobino”⁵⁴, que consiste en la idea según la cual la sociedad “puede ser abarcada y dominada intelectualmente a partir de ciertas posiciones de clase y reconstituida como orden racional y transparente a partir de un acto fundacional de carácter político”. Un jacobinismo que sería incluso motivo de arrepentimiento para Íñigo Errejón cuando admite que

decidimos dotarnos de una forma ultra jacobina para asaltar el poder por la vía electoral. Soy el autor intelectual de esta estrategia, que luego sufrí. Necesitábamos marcar coordenadas discursivas que no iban a ser del agrado de los militantes, pero que nos darían más votantes⁵⁵.

Al desligar lo nacional-popular y la ambición de crear una voluntad colectiva del jacobinismo, los populistas desvinculan tajantemente su teoría de las reflexiones

⁵² A. Gramsci, *op. cit.*, Q13 1, p. 1558.

⁵³ D. Bensaïd, “Front unique et hégémonie”, 2007. Acceso digital: <http://danielbensaid.org/Front-unique-et-hegemonie?lang=fr> (última consulta: 07/01/2019).

⁵⁴ E. Laclau y Ch. Mouffe, *op. cit.*, p. 2.

⁵⁵ Í. Errejón, “La patria es el orden”, 2017. Recuperado de: <http://www.errejon.info/errejon-vuelve-la-patria-es-el-orden/> (última consulta: 07/01/2019).

gramscianas. Precisamente el filósofo italiano, en sus consideraciones sobre el moderno Príncipe, le atribuye un “jacobinismo precoz” a Maquiavelo y, en la misma página, leemos que “una parte importante del moderno Príncipe deberá ir dedicada a la cuestión de una reforma intelectual y moral, esto es, a una cuestión de concepciones del mundo. También en este campo encontramos tradicionalmente un miedo al jacobinismo”⁵⁶. Un temor compartido por Laclau, Mouffe y otros teóricos del populismo, quienes no comprenden que “el moderno Príncipe debe tener una parte dedicada al jacobinismo [...] como ejemplificación de cómo se ha formado en concreto y ha operado una voluntad colectiva que, al menos en algunos aspectos, fue una creación ex novo, original”⁵⁷. ¿Qué entiende exactamente Gramsci por jacobinismo? Podemos remontarnos a un texto sobre las dificultades de la dirección política en el desarrollo de un Estado:

El significado de jacobino propiamente hablando, históricamente caracterizado, de un determinado partido de la revolución francesa, que concebía el desarrollo de la vida francesa de un modo determinado, con un programa determinado, sobre unas fuerzas sociales determinadas y que explicó su acción de partido y de gobierno con un método determinado⁵⁸.

Quisiéramos hacer hincapié en cuántas veces aparece la palabra “determinado” en este breve texto. Ello nos da la muestra de hasta qué punto Gramsci está preocupado por la necesidad de una organización firme, disciplinada, con planes y objetivos claros de acuerdo con la guía de un partido político o Príncipe moderno capaz de encarnar un proyecto histórico determinado. Ahora comprendemos cómo es posible que Errejón, en el texto citado más arriba, se arrepintiera de la “estrategia jacobina” y fuera consciente de un cambio de rumbo que le asegurara “más votos”. Pero, al hacerlo, debe asumir que también se arrepiente de la “estrategia gramsciana”, ya que las consideraciones del filósofo italiano son en buena medida jacobinas. No es poca cosa: resulta sintomático de cómo en la práctica política, en Podemos, el populismo español desecha y olvida las herramientas conceptuales tan pronto como no les sirven para convertirse en lo que desde la ciencia política se ha denominado un partido “atrapatodo” (catch-all party).

Pero más allá de estas relaciones movedizas y deshonestas intelectualmente con la teoría, el problema es mucho mayor. El rechazo del jacobinismo que enuncian Laclau y sus discípulos es un ataque frontal al pensamiento de Gramsci sobre la voluntad colectiva y lo nacional-popular desde el momento en que afirman que la teoría populista de la hegemonía implica una voladura de los principios modernos e ilustrados fundamentales o, dicho con sus propios términos, el “estallido de una concepción de la inteligibilidad de lo social que reduce sus distintos momentos a la interioridad de un paradigma cerrado”⁵⁹. Pero esto es incompatible con un Gramsci que se sabía continuador de este “paradigma” y quería asumir y superar en una “cultura integral” la herencia de la Reforma protestante y la Ilustración⁶⁰. Vargas-Machuca,

⁵⁶ Gramsci, *op. cit.*, Q13 1, p. 1560.

⁵⁷ *Ibidem*, Q13 1, p. 1559.

⁵⁸ *Ibidem*, Q19 24, p. 2017.

⁵⁹ E. Laclau y Ch. Mouffe, *op. cit.*, p. 105.

⁶⁰ A. Gramsci, *op. cit.*, Q10 11, p. 1233.

quien, a diferencia de Laclau y sus seguidores, conoce profundamente esta aspiración gramsciana que podríamos denominar “ilustrada” (sin caer en un objetivismo grosero), ha denunciado la deformación populista de sus ideas:

[Laclau y Mouffe] parten del supuesto de que el orden social carece de fundamento. Decae la pretensión ilustrada de instaurar un patrón general de objetividad y de justicia cuyas buenas razones habilitan confirmar o falsar análisis de la realidad, valorar concepciones del mundo o formas de vida. No hay disponibles criterios básicos o principios independientes con los que calibrar la mayor calidad moral de un proyecto frente a otro; ni tampoco reglas objetivas que nos permitan determinar el mayor valor epistémico de unas teorías explicativas o refutar otras. Vivimos — argumentan— en una realidad posfactual. Apelar a datos relevantes para validar una hipótesis o la pertinencia de una propuesta de cambio social representa propósitos inteligibles solamente en el marco del relato particular que los constituye⁶¹.

No quisiéramos terminar sin comentar un texto de Íñigo Errejón de reciente publicación, a modo de prólogo de un libro que trata, precisamente, sobre los usos de Gramsci. En este breve escrito sostiene Errejón, en un comentario sobre el binomio “esencialismo o hegemonía” que “ningún hecho económico tiene una significación política asociada”⁶². Afirmación sin dudas coherente con el idealismo de Laclau, pero profundamente contraria al Gramsci que toma como punto central de la investigación a propósito de la voluntad colectiva o nacional-popular el plano económico de “la estructura social del país”⁶³. Hasta aquí una prueba más de que estos teóricos del populismo, en su absolutización posmoderna del discurso, desatienden los procesos económicos que Gramsci consideró cruciales. Pero eso no es todo. En la misma página, Errejón afirma: “las personas no deducen sus posiciones políticas de su posición en el sistema productivo, del lugar geográfico donde viven o de ninguna característica de su nacimiento”⁶⁴. Una afirmación que casa mal con un Gramsci que dedicó buena parte de sus esfuerzos intelectuales a la cuestión del Mezzogiorno. ¿Acaso, pero no solo, los obreros del norte de Italia y los campesinos del sur no se posicionaban como tales por el sistema productivo o el lugar geográfico? Desde luego no por el taumatúrgico medio de las emociones y significantes vacíos. Un auténtico delirio teórico que nos obliga a concluir que el concepto nacional-popular de los populistas ni es nacional ni es popular: allí donde el territorio y la patria, las masas y su organización consciente, han quedado desplazados por la retórica de los

⁶¹ R. Vargas-Machuca, “Gramsci según Gramsci, y Gramsci según Podemos”, 2016. Recuperado de: <https://www.revistadelibros.com/articulos/antonio-gramsci-vida-de-un-revolucionario> (última consulta: 07/01/2019). También Villacañas se ha expresado en términos similares: “creo que una de las limitaciones fundamentales de la praxis hegemónica de Laclau es que no se funda sobre la observación de la sociedad, ni sobre instancias de especialización en la observación de esas resistencias en las que se expresa la productividad de lo negativo. De este modo, ha alterado la filosofía de la praxis hegemónica de Gramsci desprendiéndola de toda teoría de la observación verdadera y en suma de toda teoría de la verdad. Carente de ilustración sociológica, Laclau es un partidario de la retórica realizativa absoluta”. J. L., Villacañas, “Laclau y Weber: dos ontologías del populismo”, 2017. Recuperado de: <https://infrapolitica.com/2017/04/20/laclau-y-weber-dos-ontologias-del-populismo-por-jose-luis-villacanas/> (última consulta: 07/01/2019).

⁶² Í. Errejón, “En caso de duda, volver a Gramsci”, prólogo a M. Larrauri y D. Sánchez, *Contra el elitismo. Gramsci: manual de uso*, Barcelona, Ariel, pp. 8-19, aquí p. 11.

⁶³ A. Gramsci, *op. cit.*, Q13 1, p. 1559.

⁶⁴ Í. Errejón, *op. cit.*, p. 11.

afectos y los simbolismos, no hay pueblo-nación al que apelar, solo demandas sociales insatisfechas que encuentran su sublimación en un líder, tan vacío de contenido nacional-popular como lo está la teoría de los populistas. Concluimos con unas palabras de Antonio Rivera García, quien afirma: “se comprende así que algunos denuncien la impostura de Laclau, y digan que ha puesto en circulación una moneda falsa, el populismo”⁶⁵. Una moneda tan falsa como falsa es la interpretación populista de Gramsci, cuyos teóricos (Laclau, Mouffe, Errejón) parecen hacer suyas las palabras del poema *Hollywood* de Bertolt Brecht: “Para ganarme el pan, cada mañana / Voy al mercado donde se compran las mentiras. / Lleno de esperanza, me pongo a la cola de los vendedores”⁶⁶.

⁶⁵ A. Rivera García, “De la hegemonía al populismo: Ernesto Laclau, la evolución de un «schmittiano antischmittiano»”, en R. Castro Orellana (ed.), *Poshegemonía. El final de un paradigma de la filosofía política en América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, pp. 29-48, aquí p. 48.

⁶⁶ B. Brecht, “Hollywood”, en *Poemas y canciones*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 132.